

una última anécdota: «Un jeque visitó España y entregó regalos a personas principales, incluyendo valiosas joyas a la Familia Real. A Felipe le correspondió una daga árabe cuya empuñadura estaba incrustada de piedras preciosas. Mandó desmontarla, y con ellas confeccionó una pulsera que, como muestra de amor, regaló a Isabel Sartorius, su novia de entonces».

De Felipe VI se elogia su respeto a la Constitución, en contraste con su padre, «que la pisaba, de un lado y de otro, y con mucho salero». En realidad, Juan Carlos no consideraba que le afectara a él, que ya era rey antes de que se proclamara; se la había concedido graciosamente al pueblo español, «le había traído la democracia».

Sabino Fernández Campo, que tantas confesiones inconcesables hizo sobre Juan Carlos, afirmó que quería irse de la Zarzuela para salvar su honestidad: «Veía lo que pasaba con gente del entorno, y cómo estaban implicados, y yo no quería verme salpicado. Eran los tiempos de Mario Conde. Intentaron meterme, para tenerme cogido, pero me negué. Y empezaron a ir a por mí». Más altas instancias no se negaron.

Un ejemplo: «Fuentes judiciales contaron que el Rey estaba recibiendo a magistrados del Supremo para trasladarles que hicieran de modo que lo relativo a Urdangarin quedara prescrito». ¿Y no se le ocurrió denunciarlo y pedir amparo al Consejo del Poder Judicial?

José Apezarena, en las casi setecientas páginas de 'Los hombres de Felipe VI', nos cuenta las biografías de los múltiples servidores que tuvo la Casa Real y lo que más nos llama la atención es que los mejores de ellos tuvieran que dedicar la mayor parte de su esfuerzo a tapar las grietas provocadas por el comportamiento poco ejemplar de quien más obligación tenía de serlo.

ción del mal, tampoco podrían faltar ni el deporte ni la cultura con sus múltiples máscaras morales. Galán nos ofrece interesantes señales del cambio sustancial que se está produciendo en la sociedad por la sobreutilización de la moral, la conversión de los valores en palabras huecas y la permanente mascarada en nuestras relaciones. Como psicólogo, no deja de atender a algunas de las consecuencias de este profundo cambio: estructuras psicológicas insostenibles, aumento del individualismo, culpabilidad, ansiedad, depresión, conductas autodestructivas y suicidios. Un ensayo necesario.

Un puñado de ricas cerezas

En el último libro de Tomás Sánchez hay de todo. Y todo fresco, junto pero no revuelto

MIGUEL ROJO



Cada uno llega como puede a los que serán sus escritores preferidos, para luego ya no abandonarlos dentro de la promiscuidad aconsejable que toca a todo lector (aquí la fidelidad no es virtud). Yo llegué al zamorano Tomás Sánchez (y espero que con este artículo mucho más lleguen a él. No hay de qué) de la mano del libreiro Rafa Testón, que me recomendó 'Años de mayor cuantía', y ahí ya me quedé yo como fan o peregrino o mosca samaniega pegada a la miel de su literatura. Aquel libro, de difícil catalogación, me llevó a su anterior novela, 'Calle Feria', y esta a su poesía. Y en todos ellos hallé grande regocijo y placer, que diría el clásico.

Ahora, la editorial Eolas acaba de sacar 'Cerezas en el escondite', una recopilación de textos aparecidos en el suplemento cultural de 'El Norte de Castilla' a lo largo de nueve años, entre 2011 y 2020. «Cada uno de estos textos fue eso para mí: llevar a un escondite el lujo rojo y frutal de unas cerezas brillantes», avisa el autor al inicio del libro. Y no decepciona tampoco en esta nueva entrega.

A lo largo de los 69 artículos que

se recogen en 'Cerezas en el escondite', nos vamos a encontrar con un poco de todo, como quien va uno de esos antiguos mercados de pueblo y junto al pescado de rojas agallas está el pimiento morrón, los riñones ulisianos o las bragas de perlé. Todo junto pero no revuelto, y todo muy fresco, oiga. Así es como podemos ir en el libro de una teoría del bostezo a los ritos de las graduaciones estudiantiles o a un apunte sobre la literatura de Julio Verne, los consejos a un joven poeta, el descubrimiento de la voz de Leonard Cohen en un viaje iniciático a Barcelona a mediados de los setenta, pasando por la reflexión sobre las carencias de los nuevos planes de estudio o bromear sobre ese territorio de vanidades como son las solapas de los libros donde el autor «se apresura a rellenar con pruebas mayores de su existencia», también el recuerdo de aquellos escritores de la edad temprana que uno cita en voz baja un tanto avergonzado y que, sin embargo, tan importantes fueron en nuestra formación literaria...

Leer a Tomás Sánchez es transitar por una prosa exquisita y cuidada que no le impide, sino todo lo contrario, una mirada pícaro, cuando no abiertamente humorística, pero siempre cargada de humanidad y comprensión, dolorosa a veces, sobre lo que concier-



Tomás Sánchez, en Oviedo, cuando recogió el Tigre Juan. MARIO ROJAS



CEREZAS EN EL ESCONDITE
TOMÁS SÁNCHEZ

Eolas, 272 páginas, 18 euros.

ne a esto tipos un tanto descerebrados que andamos por este mundo.

'Cerezas en el escondite' es un libro que no pide prisas ni orden en su lectura. Es un libro para demorarse y abrir al azar, para dejarlo a la vista y volver cuando tengamos tiempo y ganas de una lectura reflexiva y de disfrute literario, porque eminentemente literarios son estos textos y de literatos están trufadas sus páginas.

También de poetas, que son literatos, pero más. Y sin embargo, o por eso mismo, el libro está a pie de calle, se mueve entre la gente y sus problemas diarios, en su forma de contarlos.

Un libro actual que habla de lo que a su autor le concierne o preocupa pero que, sin embargo, seguirá de actualidad dentro de un montón de años. Y es que la buena literatura es así.

Un ejemplo de esto que digo, sobre la calidad o la actualidad permanente del saber despedirse, es el texto en el que Tomás Sánchez cuenta su marcha como profesor:

«Dentro de nada, en un edificio de esqueleto ya lamentable y banderas cabeceantes de trapo cansado donde he pasado buena parte de la vida dando clase, sonará un timbre que no será como todos los timbres anteriores porque para mí será un aviso final. Después de ese no escucharé más. Es, pues, hora de irse».

El paraíso bajo los pies de las madres

MARCELO MATAS



En estos tiempos en los que tanto se habla de la llamada autoficción, subgénero tan celebrado como demuestra la concesión del último Premio Nobel a Annie Ernaux o del Princesa de Asturias de 2021 a Emmanuel Carrère, y tan denostado que hasta estos mismos autores reniegan de la propia existencia de tal categoría, es de agradecer que todavía algún autor se atreva a escribir esa suerte de autobiografía ficcionada que tiende a alejar a ciertos lectores, aquellos que, buscando una novela pura y dura, no quieren que le den gato por liebre, pero también aquellos a los que les gusta acceder a la verdad verdadera de la vida del escritor

que escribe el libro que están leyendo.

El valor de adentrarse en ese terreno tan pantanoso lo ha tenido Igiaba Scego (Roma, 1974), autora italiana que ha querido contar desde la primera persona su propia experiencia y la de su familia como exiliados procedentes de Somalia. En 'Mi casa está donde estoy yo' (Nórdica, 2023. Traducción de Blanca Gago), se sirve de un particular mapa donde va marcando los lugares más personales de su vida en Roma —el Teatro Sistina, el obelisco de Aksum, la Estación Termini, el Trastevere o el Estadio Olímpico—, espacios propicios para trazar episodios de la memoria individual y colectiva: la época del colonialismo italiano bajo la implacable bota de Mussolini, las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial, la guerra civil somalí, las costumbres y rituales de su



MI CASA ESTÁ DONDE ESTOY YO
IGIABA SCEGO

Nórdica, 176 páginas, 19 euros.

país de origen o las vicisitudes de la llegada de su familia a Italia. A partir de ahí, Igiaba Scego —autora de cuentos, artículos y novelas aún inéditas en español— relata la historia de su familia estrechamente relacionada con los acontecimientos que les tocó vivir, lo cual le sirve al lector para conocer de primera mano ciertos aspectos del colonialismo y de la realidad africana que habi-

tualmente son silenciados en la literatura occidental. Y este es el mérito de este ensayo autobiográfico o autoficción o novela o como lo queramos llamar, el de utilizar los mecanismos de la «literatura del yo», partiendo de la propia experiencia reelaborada con los artefactos de la ficción, para mostrar un conocimiento individual que también es colectivo. Así, haciéndose eco de la memoria personal y familiar —por definición siempre fragmentada e imprecisa— de sus primeros veinte años de vida, Igiaba Scego nos transmite el «caos somalí que la sacudió de niña» y los cambios que se produjeron en Italia en el último cuarto del siglo XX, acontecimientos que contribuirán a la construcción de esa extraña identidad —«Soy italiana y a la vez no lo soy. Soy somalí y, a la vez, no lo soy»—, dilema al que la autora solo puede responder contando su propia historia, aquella que en este libro se sustenta en el dicho musulmán según el cual «el paraíso se encuentra bajo los pies de las madres».